

PORTUGAL CONTEMPORÁNEO

Portugal y España: encuentros y desencuentros (1640-2002)

JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ

ANTECEDENTES

EL profesor Hipólito de la Torre coordinó el primer ensayo de historia comparada entre los dos países peninsulares. En la introducción a dicha obra señalaba:

España y Portugal son dos grandes realidades históricas que han ido construyéndose a lo largo de muchos siglos. Son entre sí distintas por muchas razones, entre las cuales en seguida se echan de ver las asimetrías de los territorios y de las poblaciones, sus diversas proyecciones exteriores (abierta de par en par al Atlántico la portuguesa; más continentalizada y proyectada sobre dos mares —el Mediterráneo y el Atlántico— la española), y, sobre todo, la diversidad de la que podríamos denominar sus respectivas estructuras constitutivas: compactamente unitaria en el caso de Portugal; acusadamente plural en el de España¹.

De hecho, a lo largo de los siglos, España y Portugal, que conviven en la misma 'balsa de piedra' como ha escrito Saramago, han mantenido unas relaciones difíciles, en las que han primado el menosprecio español por lo portugués y las desconfianzas lusas ante el 'coloso' vecino.

La conciencia nacional portuguesa, en el sentido moderno del término, no se produjo hasta 1640, cuando fue vencida la política centralizadora del Conde-Duque de Olivares y Portugal pudo proclamar su independencia definitiva de España, poniendo fin a la etapa de unidad peninsular que en Portugal es conocida como la época 'dos Filipes' (1580-1640)². La obstinación y las infructuo-

¹ H. de la Torre, «Introducción», en H. de la Torre (coord.), *España y Portugal. Siglos IX-XX*, Madrid, Síntesis, 1998, pág. 16. Otras obras con idéntica finalidad analítica son: A. Morales Moya (coord.), *Los 98 ibéricos y el mar*, Madrid, Comisaría General de España, Expo 98, 1998, 5 vols.; y M. Esteban de Vega y A. Morales Moya (ed.), *Los fines de siglo en España y Portugal*, Jaén, Univ. de Jaén, 1999.

² F. M. de Melo, *História dos movimentos de separação da Catalunha e da guerra entre a Majestade Católica de D. Felipe IV, rei de Castela e Aragão e a Diputação General daquele Principado* [1645], Barcelona, UB, 1981; M. A. Pérez Samper, *Catalunya i Portugal el 1640*, Barcelona, Curial, 1992.

sas intervenciones armadas castellanas (1645-1667) reforzaron el deseo unánime de emancipación y un acentuado particularismo de lo portugués, provocando entre sus vecinos peninsulares lo que se ha definido como 'complejo de amputación' secular del nacionalismo español.

Fue, pues, a partir de 1640 cuando la 'portugalidad' halló su definición más cabal y vertebró sus definitivas señas de identidad, basadas en dos aspectos que se entrelazan y se confunden: la alianza inglesa encargada de proteger su independencia y el antiespañolismo como dique frente a la amenaza iberista. Pero a ningún estudioso del tema se le escapa que los intentos de unidad peninsular no se produjeron solo desde España. Así, por ejemplo, los monarcas lusitanos D. Pedro I (1357-1367) y D. Fernando (1367-1383) reclamaron sus derechos al trono de Castilla. La derrota de este último en el transcurso de tres guerras acabó con las pretensiones lusas de configurar la hegemonía ibérica a su gusto. La persistencia secular del 'peligro español' obligó a Portugal a sellar una alianza permanente con Inglaterra, ya tras la batalla de Aljubarrota (1385)³ firmaron el Tratado de Windsor (1386). Pactos reforzados en 1643 tras la independencia y renovados por el Tratado de Methuen (1703) durante la guerra de Sucesión española. Aunque no sería objetivo ignorar que Portugal fue también un peligro para España ya que, con su entrada en ese conflicto, esperaba obtener una extensa región en la frontera común.

EL INICIO DE LA CONTEMPORANEIDAD

Los pactos con Inglaterra fueron reforzados en 1807 cuando España y Francia, por el Tratado de Fontainebleau, acordaron repartirse Portugal. Esta alianza de salvaguardia costó cara a la monarquía lusitana ya que Gran Bretaña se aseguró permanentemente la supremacía económica, obligando a Portugal a exportar productos agrícolas y a importar manufacturas. La dependencia fue tan evidente que, a pesar de las privilegiadas relaciones entre Lisboa y Londres, la máquina de vapor sólo entró en Portugal un siglo después de su funcionamiento en Gran Bretaña.

Durante las guerras contra Napoleón, Portugal, que había sido

³ Provocada por las disputas luso-castellanas por la hegemonía de España, e iniciadas con la invasión de Galicia por Fernando I de Portugal (1369-1371) y a la que respondió Fernando I de Castilla entrando en Portugal y llegando hasta Lisboa (1372-3). Invasión que se repitió con posterioridad tras la muerte del monarca portugués y que refleja, a nivel peninsular, lo que fue, en el restante teatro europeo, la Guerra de los Cien Años (1337-1453).

ocupado sin resistencia por un ejército francés a finales de 1807, vio como el pueblo español se sublevaba contra los Acuerdos de Bayona (1808), que proclamaron a José Bonaparte como rey. El ejemplo fue un fuerte impulso para la lucha portuguesa contra Napoleón en los años posteriores. Derrotado éste, las tropas inglesas que se habían instalado en Portugal para combatirlo, se mostraron reacias a abandonarlo, y como la corte estaba refugiada en Brasil desde 1807, los ingleses eran los dueños absolutos del país, lo que provocaba un profundo malestar. Coincidiendo con esta situación se produjo en España el levantamiento de Riego (1820), que abrió paso al Trienio Constitucional. La reposición de la Constitución de 1812 se dejó sentir en Portugal y provocó la sublevación de Oporto de 1820. Los liberales portugueses elaboraron la Constitución de 1822, inspirada en gran parte en la de Cádiz de 1812, y sus artífices han pasado a la historia como «veinteañistas», en un claro analogismo con los «doceañistas» españoles.

Esta interrelación política volvió nuevamente a evidenciarse cuando, en 1823, los Cien Mil Hijos de San Luis acabaron con el paréntesis constitucional del Trienio. Inmediatamente en Portugal el infante D. Miguel lanzó un grito de revuelta que desembocó en la «Vila-Francada», que acabó con el primer gobierno liberal. Los absolutistas portugueses estaban divididos en dos corrientes, una moderada encabezada por João VI y la radical dirigida por Carlota Joaquina. Las diferencias se saldaron con la guerra civil entre el liberal D. Pedro y el absolutista D. Miguel (1828-1834). En España sucedía lo mismo. Fernando VII a partir de 1824 encabezó la facción moderada del absolutismo y D. Carlos a los radicales, y tras la muerte de aquél (1833) también hubo guerra civil entre liberales y absolutistas. En ambos países el triunfo correspondió a los primeros.

En Portugal D. Pedro murió en 1834 siendo sustituido por su hija María II, que tenía 15 años, pero quienes realmente mandaban eran sus consejeros pertenecientes a la facción menos liberal de los constitucionalistas. Tal como sucedió en España, donde la regente María Cristina procuró gobernar con el apoyo de los moderados. Por eso, cuando en agosto de 1836 los sargentos del Palacio de La Granja se sublevaron contra el Estatuto Real de 1834 e impusieron la Constitución de 1812, sus repercusiones fueron inmediatas en Lisboa, donde estalló una revolución que obligó a la reina a reponer la Constitución de 1822⁴.

⁴ Sobre el período véase P. Cunha, *Sob fogo. Portugal e Espanha entre 1800 e 1820*, Lisboa, Horizonte, 1988; y R. M. Maniquis y cols. (ed.), *La Revolución Francesa en el mundo ibérico*, Madrid, Turner, 1989.

Igualmente, la profunda interrelación sociopolítica volvió a evidenciarse cuando en 1846 se produjo en el norte de Portugal la sublevación de «Maria da Fonte», de características antiliberales y antiurbanas, cuya génesis y precedentes se hallan en Galicia en esas mismas fechas.

Los acuerdos librecambistas con Gran Bretaña impidieron la industrialización portuguesa⁵. La lealtad británica dejó mucho que desear demostrándose, una vez más, en el Ultimátum (1890) y con las negociaciones secretas que mantuvieron con Alemania para repartirse el imperio colonial luso (1913), pero al menos tuvo el mérito de garantizar la viabilidad de Portugal como Estado independiente.

Los costes de la Alianza inglesa serían analizados por el gran escritor Almeida Garret, Ministro de Exteriores en 1851, al señalar que Portugal sólo tenía dos caminos: «O continuar siendo una potencia independiente pero de verdad o volver a ser una provincia de España». Y refería:

la influencia de Inglaterra sobre Portugal es inevitable, deriva de los verdaderos intereses de ambos Estados, de hábitos antiguos y de efectivos compromisos, que son más duraderos y eficaces cuanto más se enraízan en la fuerza de lo permanente y en el interés común, pero pretender conservar Portugal en un estado de atonía, de miseria, de padecimiento perpetuo, relegarlo al papel de nación bárbara y estancada, hacerlo retroceder cinco siglos de civilización (...) Anularlo en fin y ultrajarlo para dominarlo con más seguridad, es no solo una barbaridad repugnante sino, aún peor, es un error grave... Portugal habituado a no gozar de su independencia nacional, vejado y humillado por el yugo, ya insoportable, de esta potencia extranjera, vería con menos horror, y tal vez como único medio de salvación, la dominación española que tanto detesta (...) Tal será el resultado si no se renueva el antiguo sistema político de Inglaterra para con Portugal». Y añadía con perspicacia «Portugal sólo podrá unirse a España por una especie de venganza o resentimiento contra la injusticia, derivada de la tiranía y de los insultos de Inglaterra⁶.

Tenía razón Garret, el tibio acercamiento de Portugal a España solo se produjo cuando Gran Bretaña empezó a discutirle los derechos coloniales en tres enclaves africanos: el puerto de Ambriz

⁵ Sobre las relaciones diplomáticas entre ambos países véase J. de Almada, *A Aliança Inglesa. Subsídios para o seu estudo*, Lisboa, 1 vol. (1946), 2.º vol. (1947); y F. Rosas, *O salazarismo e a Aliança Luso-Britânica*, Lisboa, Fragmentos, 1988.

⁶ A. Garret, *Portugal na balança da Europa*, cita do en *Expresso Suplemento* núm. 708, 24-V-1986, pág. 11.

en Angola, el de la isla de Boloma (Guinea) y el del puerto de Lourenço Marques (Mozambique). El primero se solucionó cuando Portugal envió una expedición militar para ocupar la zona en 1855. Los otros dos también se saldaron favorablemente para Lisboa por sentencias arbitrales de los presidentes norteamericano (Ulises Grant) y francés (Mac-Mahon) en 1870 y 1875 respectivamente»⁷. Pero las relaciones empeoraron tras el reparto de África establecido por la Conferencia de Berlín (1884-5), que sustituyó los derechos históricos por la posesión efectiva de los territorios.

Portugal, que buscaba unir la colonia atlántica de Angola con la de Mozambique situada en el Índico ('mapa de color de rosa') se encontró con la nota amenazadora que los británicos transmitieron a Lisboa, en enero de 1890, lo que provocó una verdadera conmoción nacional, comparable al 'shock' del 98 en España. Quienes más activos se mostraron en la movilización de la opinión pública fueron los líderes del Partido Republicano que ya contestaban, desde hacía tiempo, la política imperial de la monarquía por no ser inflexible en la defensa de las colonias. Para ese objetivo se valieron, entre otros, de los homenajes nacionales celebrados a Camões (1880) y a Pombal (1882), a los que consideraban forjadores del Imperio y de la grandeza nacional.

El Ultimátum tuvo dos importantes repercusiones:

a) erosionó irremisiblemente la monarquía, que fue responsabilizada de debilidad frente al aliado tradicional y, de hecho, el 31 de enero de 1891 estalló una sublevación republicana en Oporto, cuya sangrienta represión legitimó aún más a los republicanos que, en octubre de 1910, derribaron finalmente la monarquía; y

b) generó una gigantesca ola de nacionalismo anglófobo mezclada con el deseo de regeneración política⁸. En el rescoldo del Ultimátum, Guerra Junqueiro (1850-1923) escribió *Finis Patriae* (1890) destacando el poema «A Inglaterra»:

«Ó cínica Inglaterra, o bêbeda impudente
Que tens levado, tu ao negro e à escravidão
Chitas e hipocrisia, evangelho e aguardente,
Repartindo por todo o Escuro Continente
A mortalha de Cristo em tangas de algodão...»⁹

⁷ H. de la Torre, «Las colonias portuguesas en la política internacional», en H. de la Torre (coord.), *Portugal, España y África en los últimos 100 años*, Mérida, UNED, 1992, pág. 286.

⁸ Véase Nuno S. Teixeira, *O Ultimátum inglês. Política Externa e Política Interna no Portugal de 1890*, Lisboa, Alfa, 1990.

⁹ A. Junqueiro Guerra, *Finis Patriae*, Porto, s.d. [1890], págs. 45-50.

En junio de 1891 los británicos, después de conseguir los territorios que deseaban y una vez obtuvieron garantías de la satelización de Mozambique, aceptaron que Portugal fuese su principal vecino en el África Austral¹⁰.

De hecho su objetivo no era cambiar la correlación de fuerzas en el cono sur del continente, pues preferían un vecino débil a otra potencia capaz de disputarles la hegemonía conseguida.

La anglofobia provocó, momentánea y circunstancialmente, del lado portugués y en sectores poco influyentes, la idea de la federación ibérica. Así, Sebastião Magalhães Lima publicó un libro favorable a esta tesis pero, no por casualidad, lo escribió en francés¹¹. También Teixeira Bastos inició una colaboración en ese sentido en el periódico barcelonés *Diari Català*.

Con todo el Iberismo, como ha señalado Hipólito de la Torre,

presenta matices e intensidades muy diversas a uno y a otro lado de la frontera. En España forma un substrato denso, socialmente arraigado y, a través de sus altibajos, siempre presente en la idiosincrasia popular, para quien la unión peninsular, cualquiera que sea su forma o alcance, será siempre un bien en sí mismo que asegura el engrandecimiento de la nación. Para los portugueses, en cambio, la unión ibérica es casi siempre un recurso 'in extremis' propio de circunstancias de crisis nacional, lo que comporta un marcado carácter «negativo», coyunturalista, sujeto a condicionalismos que eviten la pérdida de la propia identidad, y más enmarcado que el español dentro de posicionamientos ideológicos que contribuyen a diluir la eficacia práctica del estricto hecho unitario. Así, mientras que en España, la historia del ideal ibérico se solapa a menudo con tendencias profundas de absorcismo, en Portugal arroja un saldo de actitudes que van desde la aceptación episódica o inestable de una condicionada integración con el vecino peninsular, al frontal rechazo del denominado 'peligro español'. Por eso, desde un punto de vista histórico, el iberismo como doctrina se ve ampliamente trascendido por la existencia de un 'problema ibérico' que, aunque subsidiariamente incluye también al resto de las 'nacionalidades' españolas, básicamente se articula entorno al binomio Portugal-España, condicionando su peculiar relacionamiento durante toda la época contemporánea¹².

De hecho, las unificaciones de Italia (1859-1870) y de Alema-

¹⁰ A. Telo, *Lourenço Marques na política Externa Portuguesa 1875-1900*, Lisboa, Cosmos, 1991, págs. 128 y sigs.

¹¹ S. Magalhães Lima, *La Federación Ibérica*, Paris-Lisboa, Guillemant-Ailland, s.d. [1895].

¹² H. de la Torre Gómez, «Iberismo», en A. de Blas, *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997, pág. 223.

nia (1863-1871) ejercieron alguna influencia en Portugal y mucha más en España. La Revolución de 1868-70 puso de nuevo el asunto en las agendas al convidar como candidatos al trono de España a los jefes de la familia real portuguesa, tanto a D. Fernando como a D. Luis¹³. Pero ambos recusaron la oferta porque entretanto en Portugal hubo un poderoso movimiento anti-iberista que sirvió para cohesionar aún más al nacionalismo portugués en torno al anti-españolismo. La proclamación de la Primera República española (1873-1875) volvió a despertar algunas simpatías del lado portugués¹⁴. Así por ejemplo Antero de Quental se mostró momentáneamente hipnotizado por la democracia española,¹⁵ hasta el punto que algún historiador ha señalado «que se sintió suficientemente audaz para cambiar la patria por la democracia»¹⁶, pero fue un lapsus pasajero. El espejismo de Antero también afectó brevemente a otros intelectuales portugueses, pero

con el establecimiento del régimen de la Restauración, los estados peninsulares convergen en un orden interno simétrico, adverso a los viejos idealismos revolucionarios y atento a combatir los peligros de desestabilización. Al mismo tiempo, la larga crisis de identidad portuguesa, generada por la pérdida del Brasil y alimentada por el inestable proceso de construcción liberal del estado, se resuelve en la movilizadora proyección nacionalista que suscita el proyecto de un Tercer Imperio, en África¹⁷. En suma, el fin del ciclo liberal-revolucionario y el reencuentro ultramarino de la identidad portuguesa liquidan la vía iberista de regeneración¹⁸.

Restaurados los Borbones, vuelve a imponerse el silencio sobre Portugal y lo portugués. Pi y Margall, ex-presidente de la fenecida República, escribió en ese sentido en 1877:

¹³ A. H. Oliveira Marques, *História de Portugal*, 2 ed., Lisboa, Palas, 1981, págs. 35-36, vol. III.

¹⁴ Hay un libro interesante sobre el iberismo pero que refleja mucho mejor la visión española que la portuguesa: J. A. Rocamora, *El nacionalismo ibérico 1792-1936*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, 204 págs.

¹⁵ P. Vázquez Cuesta, «Antero de Quental iberista?», en *Congresso Anteriano Internacional. Ponta Delgada. Actas Universidade das Açores*, 1993, págs. 161-168. R. Ramos, «A formação da intelligentsia portuguesa (1860-1880)», *Análise Social*, núm. 116-117, 1992, pág. 500.

¹⁶ El primero había sido el Oriental, con el que controlaron la ruta de las especias y que perdieron a mediados del siglo XVIII por otras potencias europeas concurrentes (Francia, Gran Bretaña y Holanda); el segundo fue el de Brasil (1500-1822).

¹⁷ H. de la Torre Gómez, «De la distancia rival al encuentro indeciso: la relación peninsular en la edad contemporánea», *Los 98 ibéricos y el mar*, ob. cit., págs. 125-154, vol. I.

¹⁸ F. Pi y Margall, *Las Nacionalidades*, Hacer, 1976, pág. 67.

Después de 1640 (...) el rencor entre ambos países peninsulares ha quedado mitigado, pero solo por el olvido en que vivimos unos y otros. Sabemos mejor aquí quien manda en Rusia que quien dirige el destino de los portugueses. Conocemos, más o menos, los hombres de estado de todas las naciones de Europa, pero no los de la nación vecina. De los poetas que allí florecieron leemos, como mucho, Camões, pero no en su lengua. De los modernos mal sabemos un solo nombre. No estudiamos ni mucho ni poco la lengua en que escriben.

Por eso concluía que Portugal, difícilmente, querría aliarse con España, a menos que se estableciese una federación que diluyese el poder de Castilla¹⁹.

LA REPÚBLICA PORTUGUESA Y LA INJERENCIA ESPAÑOLA

La proclamación de la República en Portugal se produjo el 5 de octubre de 1910, por medio de un 'putsch' cívico-militar en el que estaban implicados la marina, el ejército y la Carbonaria (una sociedad secreta relacionada con la masonería). Después de un breve choque armado que demostró que el rey no tenía quien lo defendiese, éste partió con su familia para el exilio. Desde Lisboa, por telégrafo, llegó la República a las provincias.

Como se señaló en una publicación de la época,

La noticia de la proclamación de la República en Portugal fue recibida en España con grandes muestras de júbilo por los partidarios de esta forma de gobierno y por los socialistas que a la sazón formaban con los republicanos una conjunción política para derribar el régimen monárquico.

Los centros republicanos de Madrid se vieron enseguida concurridísimos con motivo de las noticias que llegaban del país hermano. Algunos diputados a Cortes y concejales republicanos recorrieron los Círculos y conversaron animadamente con sus correligionarios.

El señor Pi y Arsuaga recomendó que se engalanaran los balcones del Círculo Federal y por la noche lucieron iluminaciones, pero enterada la autoridad, dispuso el jefe superior de Policía que no se hiciera demostración alguna. En el Círculo Radical la Policía hizo también quitar las colgaduras y apagar la iluminación, y aunque los Círculos acataron la disposición de la autoridad, en las calles se notó una animación extraordinaria aumentando los grupos de curiosos en la Puerta del Sol, por lo que salió la fuerza

¹⁹ J. Brissa, *La revolución Portuguesa, 1910*, 2 ed., Barcelona, Tip. Ed. Maucci, 1911, pág. 297-298.

de seguridad de caballería y de Infantería que había en el patio de gobernación, y tomó posiciones en las avenidas.

Alguien creyó que los republicanos trataban de organizar una manifestación de simpatía hacia nuestros correligionarios portugueses, y desde este momento se adoptaron las más ridículas precauciones con objeto de evitarla. Avanzada la noche continuaron los pueriles temores del gobierno, y el lujo de fuerzas era verdaderamente inusitado²⁰.

La República portuguesa se caracterizó por su extraordinaria inestabilidad; en sus dieciséis años de vida tuvo ocho presidentes y medio centenar de crisis y remodelaciones gubernamentales. El Partido Republicano, que se había mostrado cohesionado en su lucha contra la monarquía, se disgregó, tras la conquista del poder, entre una tendencia radical y anticlerical, conocida como 'Democrática', que monopolizó el poder y se quedó con las siglas del partido; y otras dos más moderadas: 'Evolucionista' y 'Unionista', que acabaron conspirando ante la imposibilidad de alcanzar el poder a través de las urnas. La República, finalmente, sucumbiría ante un golpe de Estado el 26 de mayo de 1926.

La oposición al régimen republicano portugués por parte de España y las divergencias de intereses geoestratégicos surgidas en 1640, encontraron en la inestabilidad política lusa la excusa que precisaba Alfonso XIII para tratar de realizar la unión peninsular²¹.

La denuncia del proyecto anexionista de Alfonso XIII contó con la solidaridad de la izquierda española. Así el socialista Fabra Ribas, en 1913, después que diversos periódicos madrileños revelasen el complot contra Portugal, escribió

se trata sin duda de la segunda parte del golpe denunciado por l'Humanité hace más de un año (...) [se refería a las tentativas de unificación de España y al apetito alemán sobre sus colonias]. Nuestras relaciones con el partido socialista portugués deberían ser por eso cada vez más íntimas. Cuando los de arriba trabajan para dividir a los pueblos, los de abajo deben esforzarse por unirlos. Nosotros podríamos ser partidarios de una unión con Portugal realizada libre y espontáneamente por los pueblos de ambos países; pero nunca una unión impuesta por la fuerza bruta. Para impedir que un acto de esta naturaleza se concrete, los socialistas españoles debemos estar dispuestos a emplear toda clase de medios, de los más pacíficos hasta los más violentos»²².

²⁰ H. de la Torre Gómez, *El imperio del rey y los ingleses (1907-1916)*, Mérida, Junta de Extremadura, 2002.

²¹ A. Fabra Ribas, «España y Portugal», *La Justicia Social*, núm. 141, 1-III-1913, pág. 1.

²² Ídem, «Por la paz entre España y Portugal», *La Justicia Social*, núm. 197, 28-VIII-1916, pág. 1.

En ese mismo sentido insistía en 1916:

En España, mientras no extirpemos el cáncer militarista que nos roe las entrañas se hablará de 'iberismo' y de este o aquel proyecto referente a Portugal. En este momento no creo que el liberalismo español o que las maniobras políticas portuguesas constituyan un serio peligro para la paz entre los dos pueblos. Pero pueden llegar a constituirlo. Para prevenir ese mal, deberíamos todos entendernos: los portugueses combatiendo sin cesar a los alarmistas y los españoles iniciando una lucha porfiada contra los militaristas. Y por encima de todo esto, las organizaciones obreras de ambos países deberían mantener relaciones estrechas y celebrar congresos hispano-portugueses para resolver las cuestiones que le sean comunes²³.

Para neutralizar las amenazas, el gobierno portugués se propuso entrar en la Gran Guerra al lado de los aliados. Pensaba, de este modo, poder impedir la concreción del sueño iberista, para mantener incólume el imperio colonial, que Gran Bretaña y Alemania anhelaban repartirse²⁴, y acabar con la soledad en que había vivido la República desde su proclamación, aislada en medio de las monarquías europeas. Este deseo intervencionista fue contestado por amplísimos sectores de la opinión pública portuguesa, a la que escapaban las sutilezas de la política internacional. Con todo, en noviembre de 1917, el gobierno envió un contingente de 50.000 soldados al Frente de Flandes, lo que provocó un aumento de precios, el crecimiento de la inflación, revueltas de hambre, deserciones y el endeudamiento del país, pues hubo de adquirir, apresuradamente, equipos bélicos en Gran Bretaña. La situación política se enrareció inmediatamente pues, además, la entrada en la guerra disgustaba a la mayoría de los partidos republicanos, a los monárquicos y a los militares. Este proceso de oposición de la opinión pública respecto al gobierno aceleró el golpe militar incruento de 1926.

²³ M. Caetano, *Portugal e a internacionalização dos problemas africanos*, 4.^a ed., Lisboa, Ática, 1971, pàgs. 62 y sigs.

²⁴ Sobre la oposición portuguesa de esa época véase A. H. de Oliveira Marques, *A Liga de Paris e a unidade da oposição à ditadura (1928-1931)*, Lisboa, Pub. Europa América, 1973.

LA «ENTENTE CORDIALE» DURANTE LA DICTADURA PRIMORIVERISTA

La dictadura portuguesa tuvo, en el orden internacional, el apoyo implícito de la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) que realizó una inteligente política de aproximación de Portugal, renunciando a cualquier proyecto iberizante. Se estableció desde entonces una 'entente cordiale' entre ambos regímenes. Prueba de ello fue la visita oficial a Madrid del Presidente de la República, Oscar Carmona, en 1929.

Los dos regímenes autoritarios facilitaron a su pesar una estrecha convivencia entre los exiliados de ambos regímenes, como puede ejemplificarse en Marcelino Domingo, futuro ministro de Educación republicano. Éste, cuando en diciembre de 1930, después de la sublevación de Jaca, tuvo que esconderse de la policía, fue visitado en su escondrijo por el ex-presidente de la república portuguesa Afonso Costa y, cuando abandonó España clandestinamente camino de París, lo hizo por Portugal, lo que revela las complicidades que existían entre los republicanos de ambos países. Su círculo de amistades lusas, a parte del propio Costa, abarcaba a una numerosa pléyade de la 'inteligencia' entre otros: Antonio Sergio, Bernardino Machado, João Pereira Bastos, Xavier Valilvas, Jaime Cortesão, Moura Pinto, Jaime Morais...

LAS DIVERGENCIAS DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA

La situación de progresiva tranquilidad entre ambas dictaduras se quebró con el establecimiento de la II República en abril de 1931; España se convirtió en el centro de refugio y acogida de los exiliados portugueses que el gobierno español financiaba y armaba con la esperanza de que derribasen la dictadura de Salazar²⁵. La actuación democrática y la capacidad de desestabilización que el nuevo régimen provocó en Portugal hicieron que la dictadura se blindase y levantase la bandera del peligro iberizante como antídoto contra las esperanzas opositoras. De hecho, el iberismo era el viejo sueño del federalismo español y especialmente del catalán, como ejemplificó Francesc Macià, futuro presidente de la 'Generalitat de Catalunya' que, tras las elecciones de abril de 1931, proclamó el Estado Catalán integrado en la Federación de Repúblicas Ibéricas. El embajador portugués en Madrid, tan crítico

²⁵ H. de la Torre, *La relación peninsular en la antecámara de la Guerra Civil de España (1931-1936)*, Mérida, UNED, s.d. [1988], pág. 44.

inicialmente con los postulados federalistas republicanos, acabó por bendecir la autonomía catalana y la prevista para el País Vasco y Galicia, señalando: «los Estatutos disminuirán a España, de hecho ya disminuida por Cataluña. Y no puede decirse que esta disminución nos sea perjudicial». En ese mismo sentido se refería el embajador portugués en Suiza: «Portugal debe renacer de la mutilación de España»²⁶. Entonces la diplomacia salazarista pasó del miedo al iberismo a defenderlo firmemente, pero siempre que se circunscribiese al mapa español.

Tras la caída del gabinete Azaña en 1933, las relaciones oficiales entre Madrid y Lisboa mejoraron lentamente con las trabas que el nuevo ejecutivo derechista puso a la oposición portuguesa. La inflexión política española se evidenció cuando, en 1935, corrieron nuevamente rumores de reparto del imperio colonial portugués. Entonces, el primer ministro Alejandro Lerroux defendió de manera vehemente los derechos coloniales de Portugal. Con todo, el recelo de la diplomacia portuguesa en relación a nuestro país se mantuvo. Así un informe ‘confidencialísimo’ que ese año elaboró el secretario general del Ministerio de Exteriores Portugués, Teixeira de Sampaio, señalaba cómo debían encararse las relaciones con España diciendo que había que tener la máxima prevención hacia cualquier intento aproximativo y de entendimiento peninsular, porque esa política solo conducía a la subalternización internacional de Portugal y aumentaba su vulnerabilidad. Aseguraba, además, que con la derecha en el poder apenas se habían modificado los métodos anexionistas y, aunque renunciasen al uso de la fuerza, que el objetivo unificador de Madrid procuraba concretarse a través de la atracción de las elites y de la penetración económica y cultural²⁷.

La postura defensiva del régimen portugués se justificaba en la actitud de sus exiliados, que esperaban un cambio de coyuntura gubernamental en España para apretar las tuercas al salazarismo. En el prólogo a un libro que Marcelino Domingo escribió durante el Bienio Negro, Afonso Costa señalaba:

La España republicana tiene hoy la misión (...) de regresar al espíritu del 14 de abril evitando el triunfo de la reacción y de una nueva dictadura (...) Hago los más ardientes votos, como hombre de principios y buen vecino y amigo de España, para que (...) la democracia republicana acabe finalmente con su política

²⁶ P. A. Oliveira, «Portugal e a Guerra Civil Espanhola. A retaguarda da diplomacia de Franco», *História*, núm. 12, marzo, 1999, págs. 40-41.

²⁷ A. Costa, «Prólogo», en M. Domingo, *La experiencia del poder*, Madrid, Tip. S. Quemades, 1934, págs. IX-XXI.

de neutralidad, de concesión o de docilidad para con los que la atacan y la quieren herir de muerte²⁸.

Evidentemente se refería tanto a la derecha española como a la dictadura portuguesa.

Por eso, el inicio de la guerra civil y de la Revolución en julio de 1936 provocó un pánico al contagio en Lisboa que llegó a creer posible el establecimiento de la Unión Ibérica,²⁹ por lo que Salazar ayudó decisivamente a los sublevados, justificándolo como la única manera de garantizar «*nuestra independencia*»³⁰. La dramática experiencia del embajador español en Lisboa, Claudio Sánchez Albornoz reitera el deseo intervencionista del salazarismo, desde el mismo instante en que estalló el conflicto fratricida³¹.

La ayuda que Portugal prestó a España no fue apenas logística sino también diplomática³² y militar, permitiendo a través de la recién creada Legión Portuguesa enviar unos 20.000 voluntarios, los llamados 'viriatos'³³. También hubo un número indeterminado de internacionalistas lusos, que diversas fuentes cifran en varios millares de combatientes³⁴.

²⁸ Véase F. Rosas (coord.), *Portugal e a guerra Civil de Espanha*, Lisboa, Colibri, 1998; J. Pena Rodríguez, *La propaganda franquista en Portugal y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Santiago de Compostela, Grafanova, 1999; ídem, *Galicia, Franco y Salazar*, Vigo, Univ. de Vigo, 1999.

²⁹ «Apunte de la conversación entre el Ministro de Negocios Extranjeros y el Encargado de Negocios de Inglaterra en Lisboa, 7-VIII-1936. *Dez Anos de Política Externa. A Nação Portuguesa e a Segunda Guerra Mundial*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1964, págs. 88-3, vol III.

³⁰ Véase J. L. Martín (coord.), *Claudio Sánchez Albornoz. Embajador de España en Portugal (mayo-octubre de 1936)*, Ávila, Fundació Sánchez-Albornoz, 1995.

³¹ I. Delgado, *Portugal e a Guerra Civil de Espanha*, Lisboa, Europa-América, s.d. [1981]; C. Oliveira, *Salazar e a Guerra Civil de Espanha*, O jornal, Lisboa, 1988.

³² M. Burgos Madroñero, «Vinte mil portugueses lutaram na guerra civil da Espanha (1936-1939)», *Boletim do Arquivo Histórico Militar*, núm. 55, Lisboa, 1987, págs. 4-227.

³³ J. Valera Gomes, *La Guerra de Espanha. Achegas ao redor da participação portuguesa*, Lisboa, Versus, 1987; M. Monteiro de Melo, «El destí del moviment llibertari portugués i la Guerra Civil d'Espanya», págs. 339-355, en J. Pique, y J. Sánchez Cervelló, (coord.), *Guerra civil a les comarques tarragonines (1936-1939)*, Tarragona, CEHS Guillem Oliver, 2000.

³⁴ M. Loff, *Salazarismo e Franquismo na 'Época de Hitler' (1936-1942)*, Porto, Campo das Letras, 1997.

FRANQUISMO Y SALAZARISMO

En vísperas del final de la guerra, España y Portugal firmaron en Lisboa, el 17 de marzo de 1939, el Tratado de Amistad y No Agresión, seguido de un Protocolo en julio de 1940. Ambos fueron los precedentes del Pacto Ibérico de febrero de 1942³⁵.

Una lectura atenta del Pacto revela, a las claras, el carácter y la tipología de las relaciones bilaterales. A la grandilocuencia del articulado, que se refería a la permanente y secular amistad entre los dos pueblos, no acompañaba ninguna disposición que lo concretase, ni en el terreno económico, ni en el cultural, ni en el político. Se trataba de hermanar los dos regímenes mientras ambos pueblos se daban fraternalmente la espalda. El Pacto Ibérico fue, en esencia, el resultado histórico de las buenas relaciones entre dos vecinos que tenían profundas semejanzas ideológicas y de práctica política en plena II Guerra Mundial. Portugal trató, con él, de impedir que Madrid entrase en la Guerra a favor del Eje y comprometiese la independencia de Portugal, pues las tendencias ibe-rizantes existentes en el bando nacionalista eran significativas. Algunos intelectuales falangistas deseaban la remodelación de Europa en grandes estados, y por tanto Portugal no tenía cabida en el futuro orden³⁶. Ese estado de opinión lo recogió la Embajada alemana en España, en un informe secreto en mayo de 1941, señalando:

los oficiales del aire utilizaron expresiones de este tipo: 'Cuando hayamos llevado nuestra frontera occidental hasta el Atlántico...' o 'Cuando las escuadrillas alemanas tomen parte en los combates que se desarrollan en el Atlántico, saliendo de bases portuguesas que estarán en manos españolas...', etc... De esta forma manifiestan la opinión de que un país tan pequeño como Portugal no tiene derecho a existir en una Europa nueva y que, tanto desde el punto de vista geográfico como etnográfico, Portugal pertenece a España (...). El comandante Navarro, ayudante de campo del Generalísimo, se expresó poco más o menos en los siguientes términos: 'la guerra es una necesidad para España; por razones de política interior es la única manera de que queden en segundo plano todas las disputas de política interna y de que se aúne toda España en la lucha contra el enemigo exterior. Una guerra contra Portugal traería consigo el que las riendas de

³⁵ A. Tovar, *El imperio de España*, 4.ª ed., Madrid, Aguado, 1941, págs. 75-76.

³⁶ *Documentos secretos sobre España*, Documentos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania sobre la Guerra Civil española, Madrid, Júcar, 1978, págs. 74-75.

la nación se pusieran en manos de sus dirigentes naturales (los generales)³⁷.

Pero superada la coyuntura bélica, el Pacto continuó vigente, siendo utilizado como instrumento estratégico-disuasorio para que los dos países pudiesen, al margen de todo tipo de presiones, mantenerse neutrales en el conflicto mundial. Una vez finalizadas las hostilidades, su vigencia se debió a la necesidad de preservar la península de los aires democratizadores que se respiraban en la Europa Occidental³⁸.

En 1949, Portugal y España firmaron un nuevo Protocolo con motivo de la entrada de Portugal en la OTAN, especificando que su aplicación se ceñía exclusivamente al territorio metropolitano, excluyendo de esta forma las colonias. Esto dio pie a la posterior divergencia política cuando España, a partir de 1957, se mostró decidida a informar a la ONU sobre la situación de territorios no autónomos, mientras Salazar defendía a ultranza su presencia imperial en África y en Asia³⁹.

Desde 1939 el drama del exilio fue compartido por los republicanos españoles con sus compañeros portugueses que vivían en el infortunio desde 1926. Las coincidencias políticas adversas provocaron episódicas colaboraciones. En diciembre de 1944, Armando Cortesão dio una conferencia en Londres sobre los problemas ibéricos. Después de su intervención, otros refugiados, de acuerdo con sus palabras, crearon una comisión en favor de una Comunidad de Pueblos Ibéricos, integrada por un castellano, un catalán, un vasco y un portugués. La comisión se reunió en varias ocasiones, pero desde el principio Cortesão explicó que el ibe-rismo tenía una fuerte oposición no solo en el interior de Portugal sino también entre los exiliados. En enero de 1945 redactaron el Proyecto de un Consejo Supremo Ibérico que acabó por no ser más que una formulación teórica sin contenido práctico, por lo que meses después la comisión se deshizo sin pena ni gloria⁴⁰. Con todo, la colaboración entre ambas oposiciones no fue episódica, especialmente en Sudamérica, pero difícilmente se concretó en organizaciones transnacionales, porque los portugueses siempre dejaban clara su esfera de autonomía nacional. Esto sucedió

³⁷ A. P. Vicente, *Visto pela Espanha. Correspondência diplomática 1939-1960*, Lisboa, Assirio & Alvim, 1992.

³⁸ J. Sánchez Cervelló, «Portugal: de la colonització matiner a la descolonització apressada», *L'Avenç*, núm. 216 juliol-agost, 1997, págs. 55-59.

³⁹ C. Pi i Sunyer, *Memòries de l'exili. El Consell Nacional de Catalunya*, Barcelona, Curial, 1978, págs. 209 y sigs., vol I.

⁴⁰ El acuerdo entre los movimientos nacionalistas de las tres autonomías fue firmado en Barcelona en 1923 y ratificado en Gernica en 1934.

en agosto de 1945 en Buenos Aires, donde entre los exiliados de las minorías nacionales españolas surgió la revista *Galeuzca* como medio de restablecer el pacto entre Galicia, Euzkadi y Cataluña que habría de permitirles impulsar la Confederación Ibérica⁴¹. Con este objetivo invitaron a los exiliados portugueses. Su representante, José Domingos dos Santos, para deshacer equívocos dijo:

Deseo expresar mi pensamiento con una lealtad total que es el único camino que puede conducir a un entendimiento sincero, verdadero y fecundo: no se trata de federación ibérica sino de Alianza Ibérica. La diferencia es profunda ya que existen dos naciones en Iberia que tienen independencia política: Portugal y España. Los otros pueblos ibéricos que reclaman su independencia o una autonomía equivalente, como los catalanes vascos y gallegos, viven aún sometidos de hecho a la autoridad de Madrid. O sea, a los castellanos. Los Estatutos que les fueron concedidos por la República en 1931, a pesar de que fueron juzgados insuficientes por algunos de estos pueblos minoritarios, fueron abolidos por la dictadura de Franco (...) De todas formas, una España unitaria y centralista constituirá siempre un estorbo para cualquier intento de Federación. Además la desproporción es grande entre aquellas dos naciones, los peligros de absorción del más débil por el más fuerte son evidentes. Portugal nunca podrá aceptar esta situación, pero si una federación es imposible, al menos mientras duren las actuales circunstancias de la vida interna de España, una alianza de los pueblos, una alianza democrática, no solo es posible sino necesaria⁴².

Esta actitud inequívoca permitió que las relaciones entre los exiliados peninsulares fuesen casi siempre cordiales y en algunos momentos intensas, como en 1961 cuando se constituyó el Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL). Esta organización, que agrupaba a los seguidores portugueses del general Humberto Delgado y Henrique Galvão y a varias decenas de ex-militares españoles, asaltó, en enero de 1961, el trasatlántico Santa María, pretendiendo llevarlo a Angola o a la Guinea Española para establecer un futuro territorio libre desde el cual liberar las metrópolis. Pese a no alcanzar su objetivo, el comando obtuvo el estatuto de refugiado político en Brasil, impidiendo de este modo ser deportados a sus respectivos países⁴³.

⁴¹ J. Sánchez Cervelló, «Catalunha e Portugal: uma amizade secular», en F. Rosas y M. F. Rollo, *Portugal na viragem do século. Valor da universalidade*, Lisboa, Pav. De Portugal, Expo 98, 1998, págs. 127-165.

⁴² Sobre el Santa María véase H. Galvão, *O assalto ao Santa Maria*, Lisboa, Delfos, 1974; y J. Soutomaior, *Eu robei o Santa Maria*, Vigo, Galaxia, 1999.

⁴³ J. C. Jiménez, *Franco e Salazar. As relações luso-espanholas durante a Guerra Fria*, Lisboa, Assirio & Alvim, 1996, pág 259.

CAETANISMO Y REVOLUCIÓN PORTUGUESA

La llegada de Marcelo Caetano al poder (1968-1974) no significó una modificación en relación a la política imperial de Salazar que conllevaba una costosa guerra colonial desde 1961, pero sí hubo cambios en la política con España, pasando de la actitud amistosa pero desconfiada de su antecesor⁴⁴ a otra más cooperante. Así, en mayo de 1970, ambos gobiernos firmaron un acuerdo cultural para fortalecer «los múltiples y tradicionales lazos que unen ambos pueblos desde hace siglos. Persuadidos de que este fortalecimiento debe basarse, fundamentalmente, en una cooperación espiritual, deciden establecer (...) fomentar y reglamentar sus relaciones culturales y científicas»⁴⁵. Caetano, influenciado por los tecnócratas españoles, trató de impulsar la modernización del país, en el mismo sentido que los 'lopeces' trataban de realizar en España. Por eso Caetano entendió que las buenas relaciones con su vecino eran estratégicas. Con ese objetivo, en 1970 prorrogó por 10 años los pactos bilaterales anteriores, reforzando las relaciones políticas y económicas. Se estipuló, además, que los respectivos ministros de Exteriores realizarían consultas dos veces a año.

De todas formas, la sustitución de Salazar causó profunda inquietud en el régimen y desde entonces se siguió con inusitado interés la evolución de la situación interna portuguesa. Manuel Fraga señala que cuando comunicó a Franco la llegada de Caetano al poder, el dictador le respondió:

- Me parece demasiado técnico para estas circunstancias,
- Le digo: Hay también profesores enérgicos,
- Replica: Si, como Vd, pero él no lo es⁴⁶.

En ese mismo sentido, López Rodó cita dos frases con las que Franco enjuiciaba las relaciones con Portugal. En una señalaba que la frontera era un tabique de papel y que «si un país se ve envuelto en llamas, inevitablemente el fuego se propagará al otro». Y en la otra afirmaba que «los dos países peninsulares son como

⁴⁴ C. S. Coelho, «Estado actual de las relaciones luso-españolas desde el punto de vista portugués», en M. Fernández Álvarez y cols., *Reflexiones en torno a España y Portugal*, Alicante, Diputación de Alicante, 1993, págs. 121-167.

⁴⁵ M. Fraga Iribarne, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta, 1980, pág. 230.

⁴⁶ L. López Rodó, *Testimonio de una política de Estado*, Barcelona, Planeta, 1987, pág. 109.

dos hermanos siameses y si uno enferma y muere, el otro tenía que cargar con el muerto»⁴⁷.

Por eso durante el consulado caetanista, en el que la agitación social fue siempre 'in crescendo', las autoridades políticas españolas contemplaron la situación con gran aprensión. Máxime cuando el gobierno conocía al detalle la profundidad de la crisis lusa. En vísperas del golpe de Estado, el embajador Emilio Navascues envió a Madrid un informe detallado de los presupuestos generales portugueses para 1974, en los que se constataba que el creciente gasto militar y la elevada inflación hacían inviable el mantenimiento del régimen⁴⁸.

Una vez caída la dictadura, el 25 de abril de 1974, el gobierno franquista procuró, por activa y por pasiva, señalar las divergencias de ambos regímenes con el objetivo de tranquilizar a partidarios y oponentes de que no permitiría que se produjera un contagio revolucionario.

Durante el proceso revolucionario portugués, España tuvo varias posturas. La inicial se caracterizó por la no injerencia, y de hecho nuestro país fue uno de los primeros, ya el 29 de abril, en reconocer la Junta de Salvación Nacional que ocupó el poder tras la Revolución de los Claveles, y envió en junio como embajador a un hombre moderadamente liberal, Antonio Poch y Gutiérrez Cavides, esforzándose en señalar que las buenas relaciones eran independientes de los regímenes. Pero tras la salida de la Presidencia de la República portuguesa del general Spínola, en septiembre de 1974, pasó a apoyar discretamente la contrarrevolución⁴⁹, y de manera mucho más vehemente a partir de marzo de 1975, cuando los comunistas hegemonizaron el gobierno. Tan solo tras la formación de un gobierno moderado en agosto de ese año, presidido por el almirante Pinheiro de Azevedo, se produjo la 'entente' entre los ministros de Exteriores, Areilza y Melo Antunes, que se reforzó aún más tras el 'verano caliente' de aquel año que concluyó con el asalto y quema de las delegaciones diplomáticas españolas, tras los fusilamientos de septiembre de 1975; y esto a pesar de que una parte de la cúpula militar pensó incluso en invadir Portugal, pero los EE.UU. y la CEE transmitieron a las autoridades franquistas que el gobierno portugués hacía lo imposible por domesticar la Revolución y que sería reconducida por la senda de la

⁴⁷ Entrevista con el embajador Eloy Ibáñez, Madrid, 10-X-1985. Fue Agregado Cultural en Lisboa durante toda la etapa revolucionaria de 1974 a 1976.

⁴⁸ J. Sánchez Cervelló, «A contra-revolução no PREC (1974-1975)», en J. Medina (dir.), *História de Portugal*, Lisboa, Ediclube, 1993, págs. 133-141.

⁴⁹ J. Sánchez Cervelló, *La Revolución portuguesa y su influencia en la Transición española*, Madrid, Nerea, 1995, págs. 269-283.

moderación⁵⁰. Por eso, en la ciudad de Guarda, en febrero de 1976, los responsables de ambas diplomacias sellaron el llamado Acuerdo de Guarda, basado en el respeto mutuo y la colaboración sincera, lo que cerró definitivamente los equívocos revolucionarios y permitieron una normalización bilateral.

EL APACIGUAMIENTO DE LOS CONFLICTOS EN EL MARCO SUPRANACIONAL

La filosofía de Guarda se concretó en la firma del Tratado de Amistad y Cooperación de noviembre de 1977 y de su Protocolo Adicional de noviembre de 1983, que enterraban al ajado Pacto Ibérico.

La entrada de España en la OTAN en 1982 generó un cúmulo de fricciones con Portugal sobre la zona de control asignada al IBERLANT,⁵¹ que estuvieron acompañadas de otras derivadas de la negociación que ambos países tenían con la CEE y en los que nuestro vecino, después de cumplir las precondiciones antes que España, tuvo que esperar a que el acuerdo Bruselas-Madrid fuese efectivo, y que estaba encallado por los cortes en las cuotas de producción lechera y oleícola. El aparcamiento de la adhesión portuguesa a la espera del rezagado vecino fue considerada una humillación por los círculos políticos lisboetas y, simultáneamente, cuando ambos países finalmente acabaron entrando en la CEE en enero de 1986. A partir de entonces las cumbres anuales entre ambos gobiernos han facilitado la cooperación bilateral.

La pertenencia al mismo orden político, económico y militar ha permitido desideologizar las relaciones bilaterales. Con todo los problemas de la pesca y de la utilización compartida de los recursos hídricos han causado permanentes tiranteces. En ese último apartado, causó agrias disputas el Plan Hidrológico Socialista de 1993 y solo volvieron las aguas a su cauce cuando el nuevo Plan Hidrológico impulsado por el PP, planteó sorprendentemente, que el único río con excedentes en toda la península era el Ebro⁵².

Con todo, la masiva entrada de capitales españoles en el vecino país ha sido denunciada reiteradamente por una ciudadanía que ve en ello una hipotética pérdida de su independencia nacio-

⁵⁰ Véase H. de la Torre (coord.), «España, Portugal y la OTAN», número monográfico de *Proserpina*, núm. 8, abril, 1989, UNED, Mérida.

⁵¹ Sobre las políticas hidráulicas véase J. C. Vergés, *El saqueo del agua en España*, Barcelona, Tempestad, 2002.

⁵² Una buena síntesis de la cuestión puede verse en: MACORRA, L.F., de la, y ALVES, M. Brandão (coord.) *La economía Ibérica: una fértil apuesta de futuro*, Mérida, Junta de Extremadura, 2000.

nal⁵³. El episodio más ilustrativo en ese campo fue la oposición del ministro socialista de Finanzas, Sousa Franco, a la participación del Banco Santander Central Hispano en la Munfinac, un *holding* que controla los cuatro grandes bancos portugueses, extremo que obligó a intervenir a la Comisión Europea y que acabó provocando la dimisión del ministro a finales de 1999⁵⁴.

A pesar de esos recelos, España, tan sólo en el apartado turístico, contribuyó en un 4 por 100 al PIB luso, pues fueron españoles la mitad de los 12 millones de turistas que tuvo Portugal en el 2000. También fue significativo el número de portugueses que visitaron nuestro país representando, en el mismo período, un millón de viajeros.

El turismo ha de ser uno de los motores que permitirán en el futuro un mayor conocimiento mutuo, y solo desde la comprensión del otro se puede establecer una relación profunda, respetuosa y sincera⁵⁵.

RESUMEN

El traumático divorcio de 1640 produjo secuelas en ambos países ibéricos o peninsulares: en España condujo a un continuado complejo de amputación, que frecuentemente se tradujo en una práctica política destinada a ahogar la independencia de Portugal, y del otro lado en intentos igualmente hostiles e hispanófobos. El Pacto Ibérico de postguerra fue una alianza defensiva destinada, en el orden interno, a conservar las dictaduras y, en el externo, a impedir la restauración democrática. Sólo el establecimiento de

⁵³ H. de la Torre y J. Sánchez Cervelló, *Portugal en la Edad Contemporánea (1807-2000)*. Historia y documentos, Madrid, UNED, 2001, pág. 410.

⁵⁴ La visión portuguesa sobre las relaciones con España puede verse en G. Clause y M. C. Esteves (coord.), *As relações luso-espanholas no contexto da adesão à CEE*, Lisboa, IED, 1987; M. J. Seabra, *Visinhança Inconstante. Portugal e Espanha na Europa*, Lisboa, IEEL, 1996; A. H. Fernandes, *Portugal e o equilíbrio peninsular. Passado, presente e futuro*, Mem Martins, Europa-América, 1998; C. Oliveira, *Cem anos nas relações luso-espanholas. Política e economia*, Lisboa, Cosmos, 1995; J. Medeiros Ferreira, *Um século de problemas. As relações luso-espanholas. Da União Ibérica à Comunidade Europeia*, Lisboa, Horizonte, 1989.

Del lado español: H. de la Torre (coord.), *Portugal, España y Europa. Cien años de desafíos (1890-1990)*, Mérida, UNED, 1991; J. C. Jiménez redondo, *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas, 1955-1968*, Mérida, UNED, 1996; J. M. Cuenca Toribio, *Ensaios Iberistas*; Madrid, CEPC, 1998; J. Sánchez Cervelló, «La relación peninsular en el tránsito a las democracias», *Proserpina*, núm. 8, abril 1989, pág. 111-128; H. de la Torre, «Las relaciones portuguesas en la Edad Contemporánea», en *Reflexiones entorno a España y Portugal*, ob. cit., págs. 33-72.

Una visión comparada en: *I Encuentro Peninsular de las Relaciones Internacionales*, Zamora, Fund. Rei Afonso Henriques, 1998.

sistemas constitucionales en ambos estados ha permitido, con la integración en las mismas alianzas político-económicas (CEE) y militares (UEO y OTAN), encauzar inteligentemente las discrepancias y establecer cauces de cooperación basados en los intereses comunes.

Josep Sánchez Cervelló es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Rovira y Virgili (Tarragona) y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Es autor, entre otras obras, de *A Revolução Portuguesa e a sua influência na Transição Espanhola 1961-1976* (Lisboa, 1993), traducida al castellano (1995); *La Revolución de los Claveles en Portugal* (Madrid, 1997); *El último imperio occidental: la Descolonización Portuguesa*, (Mérida, 1998); *Descolonización y surgimiento del Tercer Mundo*, (Barcelona, 1997); y *Conflicte i violència a l'Ebre. De Napoleó a Franco* (Barcelona, 2001). Ha ganado los premios Artur Bladé i Desumvila (1995) y Ciutat de Tortosa (noviembre de 2001).